

Eres faro en la noche cerrada que orienta al navío,
la palmera que grácil ofrece sombra en el desierto,
suave mano que riega materna la flor de mi huerto.

He cogido en mis brazos al hijo que alegra mi vida
y he llamado quedito a la puerta de su alma dormida.

Si cerramos los ojos, cegados por tu refulgencia,
como un ascua aparece de súbito en nuestra conciencia:
Sol ardiente que inflamas el alma de amores divinos,
blanca estrella que alumbras piadosa los negros caminos.

De Jesús las hermosas palabras de amor y armonía
olvidaron tan pronto los hombres ¡oh Virgen María!

El amor ¡dulce amor que Jesús predicó con su muerte!

¿Por qué el hombre infeliz ¡ay dolor! olvidó de tal suerte?

¡Sólo Tú, sólo Tú, la escogida del Rey de los Cielos,
ofreciste a Jesús con ternura mil dulces consuelos!

Como Madre del género humano, también lo eres mía
y del hijo que aprende en mis brazos tu nombre ¡María!

¡Dulce nombre que hoy dicen sus labios con tanta inocencia,
cuántas veces habrá de invocarlo pidiendo clemencia!

Si algún día le falto en la tierra que mire hacia el cielo
y al nombrarte como hoy, Madre mía, sé Tú su consuelo.

He cogido en mis brazos al hijo que alegra mi vida
y he llamado quedito a la puerta de su alma dormida.

Suave aldaba es tu nombre, María, con ella a su puerta
he llamado quedito, quedito... ¡la tienes abierta!

ELADIA MONTESINO

HOMENAJE

que la Revista ALCANTARA rinde a la
memoria de nuestros ilustres conterráneos,

D. Luis Grande Baudesson y D. Diego María

Crehuet del Amo.



Año de 1956

SUMARIO

Una figura señera que desaparece: D. Luis Grande Baudesson por *Valeriano Gutiérrez Macías*.

Cartas íntimas.....
¡Oye!.....
Íntima.....
Amorosa.....
Consejo.....
La despedida.....
por *Luis Grande Baudesson*.

In Memoriam..... por *Ildefonso Alamillo*.

La Judicatura en «La Estrella de Sevilla» y «Los Intereses Creados» por *Diego María Crehuet*.

Año de 1956

UNA FIGURA SEÑERA QUE DESAPARECE

Don Luis Grande Baudesson

(15-II - 1874 - 17-II - 1956)

PROPOSITO.



CONSAGRADA «ALCÁNTARA» a exaltar los valores en todos los órdenes y principalmente en el literario—las figuras representativas y relevantes de la vida cultural y espiritual que supieron adquirir y cimentar ese concepto favorable en alto grado que se llama prestigio y legar frutos meritorios de su quehacer—se considera doblemente obligada a dedicar sus páginas a quien honró con su colaboración y la alentó y patrocinó desde su puesto de gobierno, de mando y responsabilidad.

Acabamos de citar a don Luis Grande Baudesson, el cacereño de ley, recientemente desaparecido, un hombre que—al correr de las postrimerías de la pasada centuria y lo que va de la actual—entregó su existencia al mejor servicio de su tierra natal y de su patria.

La amistad con que inmerecidamente nos distinguió y la admiración que le profesábamos, no han de ser óbice para que procuremos trazar a los lectores de esta revista una semblanza biográfico-crítica, dentro de la mayor objetividad, de la personalidad que llenó una época de la historia cacereña.

NACIMIENTO y FORMACION.

Don Luis Grande Baudesson Valdés y Machado, nació en Cáceres el día 15 de Febrero de 1874, siendo bautizado el 21 del mismo mes en la iglesia de Santa María la Mayor y falleció en Madrid el día 17 de Febrero del presente año. Cuando su alma voló al cielo contaba, pues, 82 años. Por su línea paterna don Luis descendía de la hermosa y fértil región pacense de La Serena, ya que su progenitor—don Luis Grande y Valdés, funcionario de la Real Hacienda y hombre de negocios que vino a Cáceres en 1866—vió la luz primera en Villanueva de la Serena. La madre de don Luis, doña Atanasia Irene de los Dolores Baudesson y Machado—nacida en Montánchez—provenía de familia oriunda de Borgoña que llegó a España al servicio de la Casa Real.

Bien formado en la enseñanza primaria y en los estudios del Ba-

chillerato — que efectuó en el Instituto de Cáceres —, el señor Grande Baudesson cursó — con notable aprovechamiento — la carrera de Derecho en la Universidad de la capitalidad del Reino. Obtuvo el título de Licenciado al finalizar el curso de 1897. Con este motivo Grande Baudesson tornó a sus lares para comenzar en seguida el ejercicio de la abogacía, cometido que no interrumpiría hasta su muerte.

EL POETA y el ESCRITOR.

De siempre sintió Grande Baudesson una irresistible vocación literaria y periodística, una especial y fácil disposición para el cultivo de las musas, lo que le acuciaba constantemente a colaborar en la prensa de Cáceres y de Madrid, en la que bien pronto su nombre fué conocido y estimado.

Poeta de inspirado numen, tierno, sencillo y elevado, escritor castizo, correcto y elegante y periodista dinámico, ágil y agudo, Luis Grande tuvo una personalidad proteica que dió productos muy sazonados de su valía indiscutible en el anchuroso campo de las letras. Ahí están — para comprobarlo — sus obras. Tales como «Meridionales» — aparecida en 1899, — cuentos excelentes que prologó Salvador Rueda y Gallardo, el famoso poeta malagueño que mejor supo pintar las costumbres y las escenas de la naturaleza y que acertó a presentar en el mundo literario la figura que entonces aparecería vehementemente y lozana en el firmamento cacereño. Tras una precisa etopeya, decía el inmortal vate: «Aquí hay un caballero, dentro del cual existe un escritor». Y clasificaba al señor Grande Baudesson entre los literatos Guillén Sotelo, Arturo Reyes, Barrionuevo, Altamira y otros emisores de belleza de finales del XIX. Y de sus cuentos afirmaba que «contenían todos los temas, desde el inefable del idilio hasta el conmovedor y penetrante de lo trágico» y concretaba lo bien que el señor Grande manejaba el diálogo, con cuanta naturalidad desarrollaba el relato — qué justamente medía las proporciones y términos de cada asunto y lo gráficamente que presentaba actitudes, gestos, posturas y todo lo que concierne al relieve». (1)

Poco después — la pluma de Grande no conocía la tregua — apareció «Granos de arena», prosa y versos, que vendrían a robustecer la aureola, el halo forjado en torno a su autor. Juan Guillén Sotelo, el presentador de este volumen, describía — en una ajustada fotografía moral — al literato cacereño así: «Temperamento vehementísimo, apasionado, impresionable, tan pronto a inflamarse en súbitos afectos como a que decaiga el ánimo a nimias contrariedades, resalta en ti, como ejecutoria de tu carácter, la sinceridad y la franqueza que respiran tus palabras y tus actos. Eso has llevado a tus libros y eso, en «argot» literario, se llama ser un escritor «de corazón». Tú tienes esa cualidad preciada que no estimas, porque sucede con ella lo que con los títulos de nobleza, que quién los posee no les da importancia y quién no los tiene los apetece; al contrario de lo que con muchos escritores acaece, de ser su fisonomía literaria distinta de su fisonomía moral, lo que hacía a Paul de Rock, carácter taciturno y sombrío escribir aquellos volúmenes regocijados y picarescos que

fueron la delicia de las mocedades de la generación que ya es vieja, más o menos legítima y caprichosa, en el mundo del arte: que el artista sea el retrato del particular». Queremos avalar este trabajo con el juicio que merecía a Guillén Sotelo los cuentos y poesías de su amigo: «Tus cuentos enérgicos, joviales, sencillos, sanos, sentidos y viriles, son una primorosa y exacta instantánea de la entidad moral que los escribe. Fiel observador, manejando el diálogo con habilidad que delata al presunto autor dramático, fino de gracejo y original donaire, tus cuentos y tus poesías son preciosas acuarelas de vivos colores y delicada composición, extremas avanzadas del grueso de la obra que vendrá en su día, pues me consta que, encontrando pequeño el campo de acción en que hoy se esparce tu inteligencia, no se harán esperar obras de mayor alcance y fuste en que harás galas de tus facultades». (2)

Hemos visto cómo Guillén Sotelo — reconociendo y valorando las facultades de Grande Baudesson — adivinaba que «no se harían esperar obras de mayor alcance».

En «Granos de arena» son de resaltar el monólogo «Una más», las «Cartas íntimas» de Pedro Estruja desde Gastapoco a Roque Aprieta en Guardamucho — que ponen de relieve el ingenio y sutileza del autor descubriendo los secretos y tragedias del corazón humano —, la escena para un sainete «El modo de enamorar» y los cuentos y cantares. Grande sentía predilección por los cantares — con los que hizo su *debut* en la carrera de las letras — y escribía que «todo lo que puede impresionar al humano espíritu, palpita y se siente en los cuatro versos que el pueblo canta». A continuación transcribimos a los lectores algunos de sus cantares:

¡Qué cariño el mío tan raro!
Te quiero más que a mi vida
y te hago ver lo contrario.

—
Llamó mi amor a tu puerta
y permaneció *cerrá*;
ayer llamó mi dinero
y se abrió de par en par.

—
Si aún me parece increíble
estarte viendo llorar;
¿qué te pasa, di, Pilar?
—Que he perdido el *imperdible*.

Muchos fueron los trabajos que brotaron de la mente de Grande Baudesson. Con ocasión de publicarse el volumen «En la reja», dijo del mismo el crítico de la «Revista de Extremadura»: «Seis romances muy típicos, muy fluidamente dialogados, rebosando el sentimiento y en los que destellan audacias propias de esos escritores geniales en los que no se atreve la crítica a hincar el diente» (3). Tal

era la corrección y galanura del estilo del vate. De la naturalidad de su lirismo ofrecemos—por su brevedad—la siguiente poesía:

Mariposa de colores,
mariposita del cielo,
acaricia mis amores
con la brisa de tu vuelo.
No te separes de mí,
mariposita ligera,
que tengo yo para ti,
una eterna primavera.

Muestra delicada de su fino estro poético, es la dulcísima poesía que don Luis Grande leyó en la velada literario-musical en la noche del 28 de Abril de 1906 para solemnizar la declaración canónica hecha por el Pontífice en favor de la Virgen de la Divina Gracia, Virgen de la Montaña, como Patrona de Cáceres, digna de figurar en las más cuidadas antologías y de la que, por su extensión, insertamos la estrofa final:

Tengo de tu Imagen la pupila llena,
donde van mis ojos tu grandeza veo;
sé que eres la Virgen que se apiada amante
del que está sufriendo;
sé que por la cuesta de tu Santuario
andan la plegaria y el milagro a un tiempo;
sé que con tu manto la ciudad se cubre,
¡sé cuánto te debo!
mas inútil todo, nada sé decirte,
sólo esta *pirueta* que rimó mi esfuerzo
es lo que te traigo; pero tú que miras
cómo tengo el alma para mi consuelo,
dí a los que me escuchan que si soy tan pobre
es cuando lo digo ¡no cuando lo siento!

Su poema «Amores de la tierra» — hermoso y sentido trabajo de literatura de creación — fué premiado y leído en el Certamen literario celebrado en Cáceres en Julio de 1914. Inédito lo dió a conocer en sus columnas nuestra revista (4).

El que esto escribe tiene que lamentar que la falta de espacio disponible le impida continuar glosando la producción literaria del Sr. Grande Baudesson.

Después de cuanto llevamos dicho notemos la justeza del perfil físico moral que de Grande Baudesson hiciera el sacerdote y poeta don Diego B. Regidor.

Es de figura arrogante
Y de mirada altanera,
Habla con frase ligera
y con acento vibrante,

Ocupa un puesto brillante
En nuestra literatura;
Y con tan noble figura,
Tan altanera mirada
Y pluma tan bien cortada
Sólo del pueblo se cura.

EL PERIODISTA.

Aunque hemos citado la faceta de Grande Baudesson como periodista, la atención que dedicó al periodismo exige algún detenimiento. «Como periodista hizo sus primeras armas en «El Globo», allá por cuando cursaba Derecho en la Universidad de Madrid; con un cuento titulado «El viejo y el joven», a propósito del cual, el inolvidable Pereda le decía en una carta que le dirigió con tal objeto: «La juventud de Vd. duplica a mis ojos el valor de lo que he leído, pues revela que viene Vd. con fuerzas propias. Válgame el ejemplo del lindo cuadro «El viejo y el joven», cuyo *meollo* me permito, viejo yo también, recomendarle para guía de su conducta en todas sus empresas literarias, en las que cordialmente le deseo muchos y muy legítimos triunfos» (5).

Aparte de sus constantes colaboraciones en la prensa cacereña y nacional—Grande escribía en «El Estudiante», «El Globo», «El Día», «El Partido Liberal», «La Atalaya», «La Semana Católica», «La Señal de la Victoria», etc.—el conspicuo cacereño dejó sobre todo la impronta de su intuición periodística, de su agilidad mental, de su rapidez en la concepción, de su aptitud para el enfoque y enjuiciamiento de los problemas en el periódico «El Adarve» que fundó en 1903, del que fué director — que al decir del glorioso patriarca de las letras cacereñas don Publio Hurtado, «fué siempre un espejo de pulcritud y cortesía» (6). Grande Baudesson llevó personalmente «El Adarve» hasta 1933.

EL HOMBRE de LEYES.

Si como poeta y periodista, como escritor en general, Grande Baudesson sobresalió extraordinariamente, como abogado, como hombre de leyes, su prestigio no fué a la zaga.

Al comienzo de su carrera tuvo el orgullo de ser pasante de don Antonio Maura, el eminente hombre de Estado exaltado y combatido, patricio integérrimo que ocupó los más altos puestos, entre éstos la dirección de la Real Academia Española. Orador fácil y brillante, de sólida formación, de vastos conocimientos jurídicos—puestos a diario de manifiesto en sus informes y actuaciones al correr de un dilatado ejercicio profesional—con una probidad, además, que ha sido justamente reconocida, Grande Baudesson, poseía una hoja de letrado meritoria, alcanzó muchos triunfos en el Foro cacereño, habiendo sido Decano del ilustre Colegio de Abogados de Cáceres desde el 1.º de Junio de 1930 hasta el 30 de Junio de 1934.

En reconocimiento de cuanto queda indicado y de su entrega y defensa de su clase, al cumplir el señor Grande Baudesson las Bodas de Oro con su carrera, el Colegio de Abogados le rindió un fervoroso homenaje de «admiración y cariño» y le dedicó un artístico pergamino obra del laureado dibujante Lucas BurgosCapdevielle— que así lo patentiza.

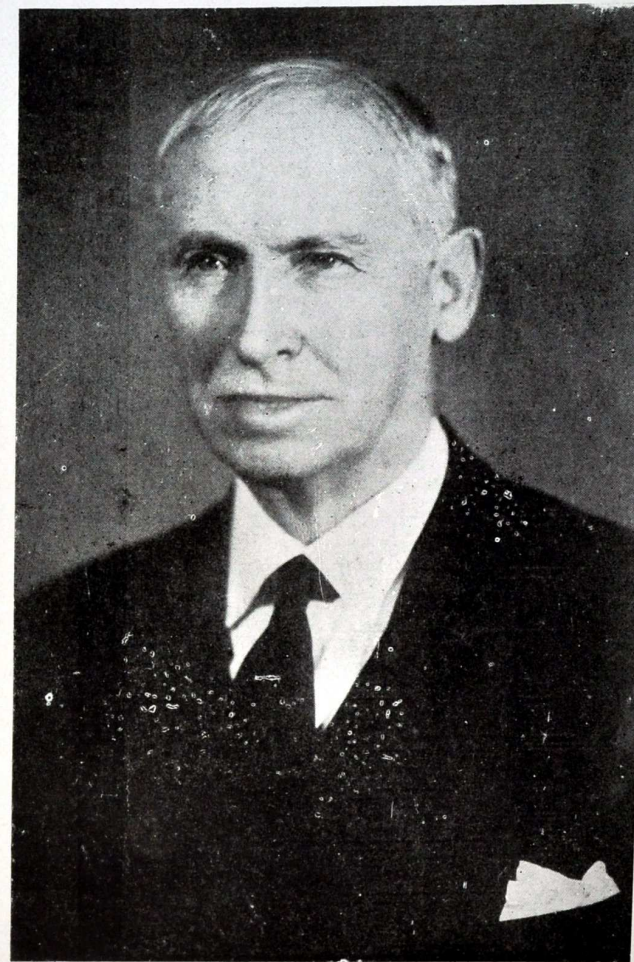
EL POLITICO.

Las condiciones morales e intelectuales que reunía don Luis Grande Baudesson y su innegable vocación política le llevaron a desempeñar no pocos e importantes puestos de gobierno para los que fué nombrado y en los que su robusta personalidad acusaba los rasgos y características que le definían. Si a esto agregamos su patriotismo, hemos de convenir que —con tales condiciones— a su paso por los mandos que ostentó dignamente dejó una huella indeleble.

A la política en el campo conservador le llevó su tío carnal don Manuel María Grande y Valdés, senador del Reino y diputado en Cortes repetidas veces por Trujillo. También debió influir en este sentido el matrimonio de don Luis con doña Carolina Muñoz y García Carrasco, puesto que don Miguel Muñoz Mayoralgo — tío de ésta— que militaba en dicho partido conservador, era asimismo senador del Reino por Cáceres y de mucha intimidad con los Grande.

Inscrito en el partido conservador, bien pronto —en 1903— fué elegido diputado en la Corporación Provincial de Cáceres, cargo que desempeñó durante más de veinte años con una sola interrupción. En 1907 pasó a ejercer la presidencia de la Corporación durante dos años y siete meses. A esta etapa de mandato del señor Grande Baudesson se debieron no pocas mejoras sanitarias, el establecimiento del sistema de oposiciones para el ingreso de los funcionarios, se interesó vivamente por Las Hurdes, lo que le hizo tener gran amistad con el obispo de Plasencia, doctor Jarrín, de grata memoria, ínclito hurdanófilo.

Del seno de la Diputación el señor Grande Baudesson —por sus méritos y por la experiencia y condiciones acreditadas— pasó a ponerse al frente del Gobierno Civil de Castellón de la Plana de donde fué trasladado —a petición propia— al solar de Santa Teresa de Jesús, la *Mística Doctora* y, por último, a Córdoba. En los ratos amenísimos que disfrutamos con don Luis, cuántas veces nos narró hechos anecdóticos de sus andanzas por la geografía española, entregado al servicio de la colectividad como hombre de la confianza del Gobierno que a la sazón estaba al frente de los destinos nacionales. Como la extensión de esta semblanza no nos permite dejar constancia de ninguno, sí pondremos de relieve el acierto en el mando, la honradez y el patriotismo que resplandeció en su actuación. Cuando don Luis cesó en el mandato de la provincia andaluza —en la que dejó «un nombre limpio e imperecedero y un recuerdo de tal ejemplaridad, que no tiene precedentes ni tendrá por desgracia imitadores» regresó a su Cáceres amado para continuar en la brecha en (7)—



Ilmo. Sr. D. Luis Grande Baudesson, Presidente de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres, recientemente fallecido. (Foto Javier)

su bufete, en la lucha política y en el periodismo activo en el que obtuvo no pocos triunfos.

(De su actuación como gobernador podemos insistir en su probidad y austeridad. En aquella época —por los relatos que a nosotros han llegado,— entraba en los Gobiernos Civiles mucho dinero procedente del juego, multas, etc. El señor Grande nombró en los tres gobiernos que desempeñó una junta que administraba aquellos fondos, con lo que en todo momento podía justificar la inversión de ellos. Cuando vino la Dictadura hubo un periódico que aludió a la falta de honradez de los gobernadores civiles anteriores a ella. El señor Grande Baudesson contestó por medio de «La Epoca» a aquel artículo, ofreciendo todos los justificantes de su actuación, lo que motivó que el primer periódico aludido rectificase salvando su nombre y diciendo que lo que él había hecho debían ejecutar todos los gobernadores de la época citada).

En este afanarse advino el Glorioso Movimiento Nacional al que se incorporó como todo buen patriota, coadyuvando con ilusión y prestando los servicios que se le encomendaron.

En 1937 es elegido para la presidencia de la Asamblea Provincial de la Cruz Roja Española, en la que realizó una labor fecunda, por lo que en recompensa, la benéfica Institución le otorgó la Medalla de Oro de la misma.

1949. Por designación del señor Ministro de la Gobernación nuevamente se puso el señor Grande Baudesson al frente de la Diputación de cuya presidencia tomó posesión el día 24 de Abril. También representó a la Corporación en las Cortes Españolas. La labor que llevó a cabo no podemos reseñarla. Puso a contribución una vez más su talento político, su enorme caudal de experiencia, su buen sentido y el concepto de la administración pública, impulsando la riqueza cacereña al propio tiempo que dejaba rastro indeleble de su austeridad. Nos haría extendernos excesivamente la enumeración de los trabajos que efectuó el señor Grande en la Diputación Provincial, en el Hospital, Colegio de San Francisco, Casa de Salud de Plasencia, servicios agropecuarios de Vías y Obras y Servicios Culturales.

Mas cuando — pese a su avanzada edad — continuaba ilusionado por la defensa de la provincia, he aquí que Dios dispuso llamar a su lado a este caballero del verso y de la prosa, operario de las leyes y de la política, a este cacereño, uno de los más finos y fieles que jamás hayan existido.

Los méritos que reunía el señor Grande Baudesson — que murió en la brecha — y su obra no podían pasar inadvertidos al Gobierno del Caudillo que le concedió la Encomienda de la Orden de Cisneros y el Jefe del Estado, como homenaje póstumo, la Gran Cruz del Mérito Civil.

Por su parte la Diputación le otorgó su más alta recompensa: la Medalla de Oro — que ha sido concedida a contadísimos cacereños — a quién tanto luchó por el incremento de los intereses y beneficio de la provincia.

ELOGIO de la TIERRA y los
VASTAGOS de la ESTIRPE.

Los éxitos alcanzados por don Luis Grande Baudesson como poeta, escritor y periodista, como verbo elocuente que se dejaba oír en los estrados al servicio de la justicia y los méritos que contrajo en los numerosos e importantes cargos públicos que desempeñó en favorecimiento del bien común, enorgullece a su tierra que llevaba entrañablemente en los entresijos de su corazón.

Sin embargo — con ser esto mucho — lo que más representa para Cáceres fué el amor del hijo y ciudadano ejemplar. La obra de Grande es un canto a su tierra, al alma de su tierra y a los vástagos de la estirpe extremeña. Y para confirmar estas aseveraciones no hay sino examinar su producción. Espigüemos en la misma y de los trabajos consagrados a fijar su atención en la tierra y en sus hombres, elijamos uno que resume los sentimientos aludidos con una emoción y un entusiasmo propios solamente de los espíritus elevados. A continuación transcribimos un párrafo que es una bella y encendida loa al campo extremeño, al pasado glorioso de Extremadura y a sus recios y sabios varones. El rico plectro de Grande Baudesson canta en él «a esta tierra santa, noble y generosa, como ninguna, que sino tiene en su suelo las pintorescas campiñas y la majestad de las abruptas montañas de las provincias del Norte, hace sentir al alma con la misteriosa poesía que envuelve la placidez y el silencio de sus fértiles campos, en cuyas inmensas llanuras viven idilios como el de Dáfnis y Cloe; a este rincón de España que si no tiene en su historia un don Pelayo, dió a la guerra un Hernán Cortés; a la literatura, si no un *Manco de Lepanto*, un Espronceda y un Ayala; a la tribuna, si no un Castelar, un Moreno Nieto y a la filosofía, si no un Balmes, un cerebro como el de Donoso Cortés (8).

El amor de Grande por su tierra y cuanto trabajó por seguir y conservar el esplendor de antaño y, sobre todo, su comportamiento — paradigma para las actuales y futuras generaciones — bien merecen el alto aprecio de Extremadura, que ya no podrá olvidarle, porque se ha hecho acreedor a que su nombre esclarecido figure con caracteres áureos en nuestros anales.

A GUISA de CONCLUSION.

En este trabajo hemos intentado abocetar las principales facetas del ilustre cacereño recientemente desaparecido don Luis Grande Baudesson. Pero a guisa de conclusión queremos llamar la atención del lector en el sentido de que en éste la figura humana superaba si cabe a su polifacética personalidad. Su noble ejecutoria respondía al juicio cabal que le mereció a Salvador Rueda, quien caló en su espiritualidad: «Su educación es exquisita, su trato social expansivo dentro de formas correctas; respetuoso al hablar con personas de su educación artística, y modesto sin rayar en lo humilde, predispone a que la simpatía de quien le escucha se incline hacia él». (9)

Hay también otro juicio autorizado que podemos ofrecer como síntesis. Lo escribió Publio Hurtado, el creador de la escuela de investigadores de Cáceres y autor de tantas iniciativas felices, trabajos y ensayos historiográficos sobre la provincia alto-extremeña. Estas son las palabras del gran erudito relativas a Grande Baudesson: «En todas las manifestaciones de su talento y actividad ha sido siempre modelo de corrección y obrero de guante blanco, no descendiendo nunca a terrenos encenagados y cuidando de no zaherir al adversario». (10) Precisas, exactas palabras con las que nosotros ponemos término a este ligero estudio, una modesta exégesis de la persona y de la obra de Grande Baudesson que — dejando una estela imperecedera — ha penetrado de lleno en el sereno campo de la Historia.

SUPLICA.

Ilmo. Señor D. José Roperó Fernández, Presidente de la Excelentísima Diputación: Al tomar posesión del cargo para el que por vuestros legítimos merecimientos fuisteis designado, os honrasteis en dedicar un emocionado recuerdo a vuestro antecesor. Pues bien, señor Presidente: don Luis Grande Baudesson ha legado muchos y valiosos trabajos inéditos que hemos examinado por la generosidad de sus hijos. Por ello y porque sabemos de vuestra vasta cultura, de vuestra comprensión y de vuestra gratitud al hijo ilustre de la provincia que arrebató la Parca, os suplicamos que — como el mejor homenaje a su memoria — se edite por los Servicios Culturales una selección de sus originales, para que puedan servir de deleite a todos los cacereños que le querían, respetaban y admiraban.

VALERIANO GUTIERREZ MACIAS

NOTAS

- (1) Salvador Rueda. Prólogo presentación a «Meridionales», de Luis Grande Baudesson. Madrid, 1899. Págs. 8, 9, 10 y 11.
- (2) Juan Guillén Sotelo. Carta-prólogo a «Granos de arena», de Luis Grande Baudesson. Madrid, 1900. Págs. 11, 12 y 13.
- (3) «Revista de Extremadura». Tomo II. N.º XVIII. Diciembre de 1900.
- (4) «Alcántara» N.º 20, 30 de Junio de 1949.
- (5) «Gente Extremeña. Luis Grande Baudesson». Artículo aparecido en la primera página de «Brisas Nuevas», revista semanal que vió la luz pública en Cáceres y dirigió el inspirado poeta cacereño, Juan Luis Cordero, maestro en «gay saber». N.º 4. Cáceres, 31 de Mayo 1909.
- (6) Publio Hurtado. «Ayuntamiento y familias cacereñas». Cáceres, 1905. Página 406.
- (7) Carta de don José M.º Rey. Director del Archivo Biblioteca Municipal de Córdoba. (Del Archivo de Grande Baudesson).
- (8) Luis Grande Baudesson; Prólogo al libro «Melancolías» del presbítero y poeta don Diego B. Regidor Moreno: Tip. de Sucesores de Alvarez. Cáceres, 1901. Páginas 15 y 16.
- (9) Salvador Rueda. Prólogo citado. Pág. 7.
- (10) Publio Hurtado: Obra cit. Pág. 406.

CARTAS

ÍNTIMAS

Gastapoco, 8 de los corrientes.

SR. D. ROQUE APRIETA:

Quiero Roque: Hoy, Roque amigo, no me voy a dedicar a hablarte de mis negocios de granos por allá en Sevilla, en donde sabes que llevo comercio con las principales casas, y con buena utilidad, gracias a Dios y a mi experiencia; ni tampoco de los que, necesitando dinero, bien para salir de agonías momentáneas, por exigencias de la vida que tanto cuesta, o bien para alimentar sus vicios, llaman frecuentemente a mi despacho en demanda de préstamos, únicos derroteros que, como conoces, sigo para ir poco a poco fomentando mi ya crecida fortuna.

Asunto de tanta trascendencia para tu amigo Pedro ha de ocuparme; pero de otro orden distinto.

Hoy es el padre quien te escribe; y como padre que eres, te suplico me contestes.

Tus consejos los he tenido en cuenta hasta el presente, y voy a pedirte uno más.

Escucha y piensa. Sabes, amigo Roque, que mi difunta esposa me dejó en el mundo tres hijos, a los cuales quiero como pedazos que son de mi alma.

Es el uno Luisín, como le llamamos entre nosotros; tiene a la sazón diez años, y por sus travesuras, su imaginación despejada y viva, lo sano y robusto que se cría y la calidad de varón, nos tiene, como vulgarmente se dice, locos de contento y satisfechísimos de él.

Los otros dos hijos son hembras.

La una, Juanita, es de cara una pintura y de corazón una santa; tiene un año más que su hermano, y habías de gozar conmigo cuando en las horas de recreo bajan los dos al jardín, y corren y saltan por entre los limoneros y geranios como dos mariposas. Te digo, sin jactancia, que es una pareja tan mona, que enorgullecería al padre más exigente.

La otra hermana, que es la mayor, es ya una mujer hecha y derecha, y muy guapa.

En ella descansamos su tía y yo. Está en todos los pormenores, no se le escapa nada, y ella sola lleva la cuenta de lo que a diario es indispensable gastar; lidia con los criados, corrige a sus hermanitos, y les toma las lecciones de religión y moral como una profesora.

Si su difunta madre la viera manejarse, se le caería la baba de gusto, como me pasa a mí. Se llama Manuela.

Tiene hoy diez y nueve años, un desarrollo físico exuberante y unos colores en las mejillas que envidiaran las rosas.

Con estos tres pimpollos, y lo a las mil maravillas que mis asuntos marchan, era tu buen amigo felicísimo; pero como la felicidad no es de este mundo, según han escrito los sabios y yo voy viendo, mi tranquilidad ha desaparecido, y las preocupaciones y desasosiegos han venido a reemplazarla.

La culpa, para que sea más grave, no es de ninguno de nosotros, ni de la familia; la culpa, digo, de este cambio, en el que tanto pierdo, viene de un ¡no sé cómo llamarle! de un *señorito*, que ha llegado al pueblo hace medio año a desempeñar la notaría que dejó vacante al morir D. Ambrosio, y cuya plaza salió a oposición, sin duda para quitarme a mí la paz del alma.

Como sabes que por mis negocios me conviene que el Notario sea amigo mío, tan pronto como éste de que te estoy hablando se posesionó del empleo, fui a visitarle y le convidé a comer.

El tal, que responde por Jacinto Romero, empezó a dar muestras del desahago y el cinismo que trae de la Corte (¡madrialeño había de ser!), aceptando la invitación y llenándose el estómago de los buenos platos que mandé pusieran y del vino añejo que hice sacar para obsequiarle, de tal forma y con tal ansia, que me pareció que traía mucha hambre atrasada.

Con esta primera visita y las escrituras de préstamos que me ha hecho, las relaciones, que comenzaron frías, trocáronse en íntimas, hasta tal punto, que entraba en mi casa como un antiguo conocido.

Yo, no he de negarlo, lo recibía bien, porque el tal pájaro de cuenta, como a seguida verás, era atento; con Manuela estaba fino; indicaba ser listo por la conversación abundante y sazónada de amenidad y llaneza que tiene; y por su aspecto, la ropa que gasta y los modales distinguidos, aparentaba poseer buen caudal, exquisita educación y un nombre en sus antepasados de alto copete.

¡Qué verdad es «que las apariencias engañan»!

Visita tras visita y escritura tras escritura (te advierto que este año hay una escasez de dinero atroz y que he llegado a darlo al 40 por 100 con pacto de retro), la amistad se hizo estrechísima y el tudiante entraba ya en mi casa, «como Pedro por la suya».

Yo tuve la debilidad de ser franco con él, y le dije un día la inmensa fortuna que poseo.

Esta fué mi perdición: aquello de que «no hay mejor palabra que la que está por decir», lo he recordado muchas veces.

Se lo conté todo: las dehesas que están inscritas a mi nombre en el Registro, el papel del Estado que poseo, lo que me deben y hasta las onzas que guardo en el arcón.

El de su posición nada me dijo: ¡claro, qué había de decir si es mendiguillo!

Aparentó al escucharme que le tenía sin cuidado mi riqueza, con tal hipocresía y fingimiento, que le tengo por el mejor cómico nacido y por nacer.

Bueno; pues verás.

Conocedor ya de lo que soy, se dijo: «pues ésta es la mía»; y el tunante, aprovechando la inocencia y el candor de Manuela, comenzó a enamorarla.

Mi hija, como bien educada que está, entró hace diez días en mi despacho, y avergonzada y azorada, me soltó de buenas a primeras este escopetazo:

—Padre, ha de saber usted que don Jacinto (vaya un don) me ha dicho ayer que me quiere por novia.

—¡Demonio!—exclamé yo soltando la pluma; y quitándome las gafas y muy serio contesté:

—¿Cómo es eso, niña?

—Pues así, padre.

—¿Que seas tú su novia?

—Sí, señor.

—Y tú ¿qué le contestaste? ¿Le dirías que no? ¿Le preguntarías que qué rentas tiene? ¿Que cómo se atreve él, simple empleadillo que no saca arriba de 2.000 pesetas al año?...

—No, señor; yo no me acordé de eso, nada le pregunté; yo le dije que bueno, que sería su novia.

—Y por qué?

Y en vez de contestar, soltó el llanto y salió corriendo, con la cara oculta entre las manos.

Este fué el primer chispazo; ya verás las proporciones que ha tomado el incendio.

Al quedarme solo, lo que sentí fueron deseos de echarme a la calle, buscar al *mozo*, ponerle como un trapo y cerrarle las puertas de mi casa. Créete que pateaba de rabia.

Pero, recapacitando lo que hice fué escribir a un don Restituto Rico, de quien me hablaba muy a menudo el granuja, Jefe de una sección del Ministerio de Hacienda, preguntándole de cierta manera embozada qué clase de sujeto era don Jacinto Romero, cuáles sus condiciones personales, de qué clase de pájaro venía y si poseía o no bienes de fortuna.

La contestación vino pronto, y ayer supe que en el mundo había un embustero más, pues los informes expresaban que don Jacinto «era muy listo, cual lo demostraba el haber ganado por su talento la plaza de Notario de este pueblo; que el pan no era mejor que él; que su familia fué en tiempos una casa grande y fuerte; y que si bien hoy, por reveses del azar, había venido a menos, conservaba la honra y el buen nombre de antaño».

Con estos datos ya podrás comprender que llamé a mi hija y la amenacé con un convento si volvía a mirar a semejante títere y por-diosero; y en cuanto a él, le escribí dos renglones, retirándole mi

amistad, que nunca mereció, y prohibiéndole en absoluto pisar los umbrales de mi puerta.

Pero hete aquí, querido Roque, que la cosa sigue a hurtadillas mías, y que cada vez se pone más fea.

Ese tuno, que sólo mira a mi hija por el dinero, ha tenido maña de enamoriscarla de tal forma que huye de mí Manuela, llora a la menor cosa, no hace nada a derechas, se olvida de sus hermanos y está triste y pensativa como si pesara sobre su corazón una inmensa desgracia.

Esto, para un padre, es una gran amargura.

Temo que ese pillastre me robe su cariño, y no sé qué hacer ni qué partido tomar.

He agotado todos los recursos para convencerla de que no le conviene semejante hombre.

Hícela presente con buenas palabras y dulzura, que dejara los amores, porque aún era muy niña; que sin sus cariños sus hermanitos no podrían vivir, y yo menos, que no fuera tonta, que en casa era feliz y necesaria; y viendo que nada respondía, llegué hasta ro-gárselo por su madre (que en Gloria esté).

Descartado por inútil este procedimiento, la negué la palabra y la hice comer aparte, consiguiendo tan sólo verla llorar día y noche.

Volví a los temperamentos de templanza, y, al comprender que nada conseguía, se me subió la sangre a la cabeza, y grité, y di puñetazos y le advertí que por fuerza había de obedecer; puse de hoja de perejil al tunante causa de tanto mal, y furioso y descompuesto le llamé bandido, pobre, canalla y mil cosas peores, acabando con la amenaza de que le mataría, si preciso fuera.

Ella se fué llorando como siempre y yo me quedé en el despacho dando vueltas como el tigre en su jaula.

Tú, como cualquiera, supondrás que me salí con la mía.

Pues te equivocas, Roque. ¡Cría cuervos y te sacarán los ojos!

No sólo no me ha obedecido, sino que la que fué tímida gorrioncilla se ha vuelto ahora águila real.

Ayer pasé un rato horrible.

Preguntada de nuevo si seguía los amores, me contestó, con la cabeza alta, sin derramar una lágrima y en tono resuelto y firme, «que sí, que le quería; y que, siendo bueno como era, le importaba nada su pobreza».

Dominé mi ira al oír tal desatino, y aparentando tranquilidad, que estaba muy lejos de sentir, le hice presente: «que siendo en contra de mi voluntad, yo no le daría ni un céntimo de dote; que él, con su escaso sueldo, no podría ni vestirla; que cuando el hambre entra por una ventana, el amor sale por la otra; que los tiempos que corremos, por lo caro que está todo, son «contigo pan y *landeau*, y no pan y cebolla»; que al convencerse él de que no llevaba la renta que va buscando, la dejaría; que nunca la quiso y que su intención es el negocio»; en fin, razones todas, mi buen Roque, capaces de convencer al más obsesionado.

La contestación que dió a estas advertencias sabias, sensatas y

razonadas, hijas tan sólo del cariño que le profeso, guiadas a alcanzar su felicidad, fué tan altanera, tan insolente, tan absurda y tan inesperada, que no sé cómo me contuve y no le arranqué la lengua.

Llegó a amenazarme, Roque; me abofeteó, pues me dijo que con él o con nadie; que se amaban y que todo era inútil; «lo siento padre — agregó; — pero soy capaz hasta de irme con él».

Si tengo a mano un arma, creo que cometo una barbaridad.

Desde entonces, ni nos miramos; pero ejerzo una vigilancia escrupulosa.

No se va, no; esta fiera yo la domaré.

¡Qué decepción, Roque!

¡Criar los hijos; sufrir por ellos desvelos incapaces de contar; educarlos y mimarlos; gastarte en ellos una fortuna; dirigir sus intenciones a lo bueno; guiar sus primeros pasos para que no se estrelen al andar solos por el torbellino del mundo; esclavizarte en su beneficio; amarlos con toda el alma, para que cuando se hacen hombres y tú tocas esa edad en la que sólo recuerdas los desengaños sufridos, esa edad en la que el pelo canea y las ilusiones se mustian, en la que las caricias son el único fruto que esperas recoger, el hijo se insubordina, y te abandona y se va con un extraño!

No es, no puede ser ésta la ley de la naturaleza; los animales en el monte no hacen esto.

Pues bien, Roque; en este estado de tirantez con mi hija, ¿qué hago yo?

Aparte las consideraciones y las lamentaciones, y vamos a ver si le das solución a este conflicto, que me quita el sueño y la vida.

Autorizar las relaciones, permitirle que se case, ¡nunca! ¡Cómo había de reírse el tuno!

Ellos no se comunican ni se ven, la escapatoria no han de realizarla, soy yo el centinela y no me duermo.

¿Podrá el aislamiento con el cariño que se tienen? Yo he oído decir «que ojos que no ven corazón que no siente». Verse, no se verán, lo juro yo; ¿llegará el olvido por este procedimiento?

Tú, como médico, debes conocer el corazón humano; contesta y dame todos los consejos que se te ocurran y que vayan encaminados a concluir con estos amores necios que no tienen razón de ser.

Porque compréndelo; hoy no sé como hay quien se case. Las cosas están malísimas, mañana no han de mejorar, y en vez de hacer en el hogar doméstico un paraíso, lo que hacen los recién casados es un nido de miserias que aplastan las ilusiones de los primeros días y no las dejan reverdecer.

Los muchachos no comprenden esto; tienen un jardín de flores delante de la vista; siguen los impulsos del corazón, y cuando quieren evitar el daño de la inexperiencia, están ya estrellados.

Cupido fué ciego, así sale lo que el dirige.

Esto es una locura. Se ponen en relaciones dos chicos que no saben donde tienen su mano derecha; dejan brotar las pasiones, se apoderan de ellos, abren la válvula del amor, y a los seis meses, sin pensar ni medir, a tontas y a locas, quieren contraer matrimonio.

Fundar una casa y una familia. ¡Ahí es nada!

¿Y con qué? No se lo preguntes porque no lo saben.

Gracias a que estamos los padres detrás de la cortina y les ponemos el freno necesario, que si no ¡pobrecillos!

Fijándome en esto, para casarse hoy hace falta que los dos contrayentes lleven buen capital, no bastando con que lo lleve uno solo.

En el caso de mi hija, por ejemplo, él no tiene más que un sueldecito que a todo tirar será suficiente a cubrir sus necesidades; mi hija podría llevar, si yo se lo diera, que no se lo daré, una dote bastante para que vivieran sin quebraderos de cabeza ni quebranto de estómago; pero dado mi criterio sobre el matrimonio, no se casarán hasta tanto que él aporte lo que ella,

Por ahí ya sé yo que me critican esta manera de pensar, pero son los pobres; si algún rico no está conmigo, aseguro que no conoce sus intereses.

Tendría gracia que lo que a costa de tantas privaciones, de tantos años y de tanto trabajar reuní, se lo llevara un niño de la Corte, por muy bueno que sea, con sus manos lavadas y por su cara bonita.

Mi hija, que sufra; y él que no hubiera nacido pobre. Si no tuvo la culpa, yo tampoco.

A ti acudo, como hombre de recto juicio, de mis mismas aficiones e idéntica manera de pensar, y como padre que eres, para que con tus consejos y experiencia del mundo ilumines mi ceguera y des solución a este estado de perpetua intranquilidad, que tanto me hace padecer.

Ya sabes, todo, ¡menos el matrimonio!

Tu buen amigo, que te abraza,

Pedro Estruja

II

Guardamucho, 15 de los corrientes.

SR. D. PEDRO ESTRUJA:

Querido amigo Pedro: Por hallarme en la finca que tengo en la sierra de Rufianes, distante del pueblo más de ocho leguas, tu carta ha llegado a mi poder con tres días de retraso. Este, y no otro, es el motivo por el cual no has recibido antes mi contestación.

Por mucho que tú desees leerla, mayor es mi afán de escribirla. ¡Es mucha casualidad!

Oye, Pedro. Tú sabes que Dios puso a mi lado, para aliviar algo la pena que se apoderó de mi alma a la muerte de mi pobre esposa Rosario (q. e. p. d.), a la que nunca lloraré lo que se merece, una hija, a la cual di el mismo nombre de su madre, para hacerme la ilusión de que al nombrarla nombraba a mi mujer.

Tú conoces también, por que te regalé su retrato, que mi hija es una preciosidad de físico, y de moral la misma perfección. Esto último, si es cierto que «la cara es el espejo del alma», en la fotografía lo habrás visto; pero por si en la cartulina no aparecen tan bellas cualidades, yo te lo digo y aseguro.

Hasta hace cosa de medio año vivía yo, como tú, tan dichoso y satisfecho de tenerla, que en ella me miraba, por ella pedía a Dios salud, en su obsequio trabajé y multipliqué mi capital, y con sus chiquilladas me reía como un tonto.

Mi casa era un paraíso, en donde la felicidad era la soberana y compañera inseparable, y en donde sólo faltaba que llenar el hueco que dejó al morir mi angelical esposa.

Al hacerme cargo de las dotes que Dios concedió a Rosarito, pretendí hacer de ella un modelo.

Los resultados obtenidos superaron mis pretensiones.

Hoy es mi hija cristiana si las hay, devota convencida de la Virgen María, la misma virtud, la bondad suma: un ángel en sus sentimientos.

Educado así su espíritu, con el fin de hacer de ella primero una buena hija, después una buena esposa y por último una buena madre, extirpando al mismo tiempo la semilla del mal, que en todo corazón se oculta, comencé a utilizar las aptitudes que atesora.

Aprendió cuentas, para que si yo le faltaba no tuviera que entregarse en manos de algún pícaro administrador que le comiera en un santiamén todo el capital; cultivó a diario el manejo de la aguja y del hilo, con objeto de que con igual maestría hiciera una primorosa labor de bordado, que echara un remiendo o tejera un zurcido, si era menester; le puse profesor de piano y pintura; y con tal afición golpeaba las teclas y requería los pinceles, que en la actualidad la casa está llena de cuadritos salidos de sus manos, y los jilgueros cantan cuando se pone a tocar.

Francés no quise que aprendiera, porque no ha de utilizarlo nunca. Lo innecesario ya sabes que siempre lo deseché.

Con estas condiciones tan excepcionales, y además la de única a heredar, y además llamada a ser muy rica el día en que yo muera, de sobra comprenderás que andan y anduvieron constantemente a su lado más golosos que moscas a la miel.

El futuro matrimonio me traía algo intranquilo.

Hasta el presente, mis advertencias y mis desvelos sobre este punto fueron innecesarios.

Rosarito era muy formal, y, lo mismo a un ingeniero de caminos, canales y puertos, que anduvo por aquí cuando la inauguración de la vía férrea, que a un abogadillo de tres al cuarto, sobrino de un compañero y amigo mío, hablador y entrometido como toda la gente de toga, que llegó a ésta a pasar una temporada con el tío, que a un Vizconde con una retahíla de apellidos con de delante que no hay quien los retenga en la memoria, pero con el oro de la corona oxidado y negro por falta de restauración y de dinero, que a otro sin fin de hambrones que alegaban como mérito para ser admitidos la

honradez de la familia, la bondad del alma y de carácter «capaz de amoldarse a todo», el físico, las buenas costumbres, el afán de trabajar para ser algo, y qué sé yo cuántas virtudes más, presentadas todas para sustituir la única buena, y la cual ellos no poseían, no por culpa suya, ¡claro está! la virtud del dinero, les dió unas solemnes calabazas cuando le pidieron relaciones amorosas.

Pero, aunque convencido yo de que por ese lado de los amores no me entrarían duendes, nunca perdí de vista a Rosarito, porque la inocencia conduce a los mayores disparates.

Hacia ya algunos días que mi hija no era lo que siempre fué, y me puse alerta.

El piano lo tenía abandonado; los quehaceres de la casa no marchaban con la regularidad acostumbrada; los jilgueros que alegraban el comedor, sus mejores amigos, no cantaban porque sus jaulas estaban sucias y los comederos vacíos, indicio evidente del abandono en que Rosarito, la única que los cuidaba, los tenía; las pinturas y los pinceles rodaban en desorden sobre la mesa de su cuarto de estudio; dejó de ir a paseo, a pesar de mis invitaciones; perdió el apetito, y ella, que siempre durmió bien, despertaba con frecuencia y madrugaba más que yo.

Tal cambio me puso sobre aviso, y al fin descubrí el origen de aquella transformación.

Mientras ella estaba en misa descerrajé el secreter que hay en su alcoba y cuál sería mi sorpresa, mi rabia y mi desconsuelo, cuando leí esta carta que voy a trasladarte y que hallé sujeta con una cinta azul sobre unas cuantas flores, secas ya, y un retrato pequeño de hombre.

«Rosarito: Comprendo el miedo que le tendrás a tu padre, porque metalizado como está, si nos descubre, a ti ha de castigarte duramente y a mí me quitará el empleo. No temas; si él no tiene corazón, a mí me sobra para quererte y sufrir cuantas contrariedades vengan: y si hoy soy pobre, no me faltarán alientos ni empujes para poderte ofrecer mañana, al llamarte mía, todo lo que tus virtudes se merecen. Quiéreme mucho y no te olvides nunca de tu *Rodrigo*».

Miré el retrato y reconocí en él a un miserable empleadito del Ayuntamiento, a quien por lástima coloqué yo mismo.

En mi vida he sentido la cólera que entonces sentí; una puñalada no me hubiera hecho tanto daño.

Ya que no podía hacerlo con el original, destruí aquel cartón como si fuera un reptil venenoso, y quemé aquella carta maldita, que me pareció mi sentencia de muerte.

En mi carácter violento, y quizá grosero, ya puedes calcular cómo recibí a la que yo tenía por tímida monjita.

Tuvo el valor de confesarme que «le quería» y después, sin contestar a mis preguntas ni defenderse de mis cargos, se echó a llorar, como la tuya y se encerró en sus habitaciones.

Desde entonces, ni duermo, ni como, ni vivo. Veo al miserable por donde voy y adonde miro, sin que me haya vengado al dejarle cesante, ni desahogado con la carta llena de insultos, de apóstrofes

y de amenazas que le dirigí, no sólo para él, sino también para su familia y las cenizas de sus antepasados. ¡Con la muerte no me pagaba lo que me ha hecho!

Pues bien, mi querido Pedro; descubierto el delito, gracias a Dios oportunamente empecé, al igual tuyo, a desarrollar planes en evitación de mayores daños.

No voy a enumerarte aquí el rigor que con Rosarito desplegué.

Los mismos procedimientos tuyos, los mismos consejos, las mismas reflexiones e idéntico resultado.

Ella, ni una palabra, ni una queja; lágrimas, muchas lágrimas, y al parecer triste y resignada, pero sin decirme que todo había acabado.

A él no le he vuelto a ver, y mejor será que no le vea, porque perdería la calma y le cortaría la mano con la que me ha robado la tranquilidad.

Y voy a tu carta.

Me preguntas que si el aislamiento engendrará el olvido, y con amargura he de contestar que no.

Tres meses, y lo mismo que una presidiaria, he tenido en la habitación más chica y más oscura de la casa a mi hija, sin que viera a nadie, sin que oyera el menor ruido, con un colchón y una silla por todo mobiliario, abriendo sólo la puerta para dejarle en el suelo una escudilla en donde le ponía unos trozos de pan, pedazos de queso, algo de carne y la botella con agua, a ver si el martirio le hacía confesar que nunca quiso a semejante hombre, y pasados los tres meses tuve que darle libertad porque allí se moría sin exhalar un suspiro.

Salió con el color de la muerte, con los ojos hundidos, el pelo suelto, por la mitad de carnes y con una dureza en el mirar que llegó a infundirme miedo.

Todo fué inútil; allí, en aquel calabozo, ni le oía, ni le veía, ni entraban noticias de él. y sin embargo, en la expresión de sufrimiento que reflejaba su rostro comprendí que le amaba más, que no sintió una duda que hiciera vacilar aquel cariño, que sabía morir, pero moría nombrándole.

El aire que respiraba, mi buen Pedro, creo yo que le hablaba amores y le traía caricias y daba a su alma nuevas y florecientes ilusiones, esperanzas de un mañana venturoso, fuerzas para soportar tratamiento tan duro.

Médico soy, sí, pero no conozco el corazón humano. Es el corazón un secreto tan impenetrable como lo que habrá más allá de la muerte.

Tu amargura la comprendo; la mía es inmensa.

Por apartarla de toda clase de recuerdos me la he traído a la sierra.

El aire sano del campo ha vuelto a colorear sus mejillas y ha vigorizado algo su cuerpo, pero sigue triste; cuando me mira, parece que me ofende; sin saber por qué, bajo la vista y me voy; sus diversiones son: correr tras las mariposas, echar comida a los gorriones

de la huerta, dar largos paseos acompañada de un perrillo que no la deja nunca, ver la puesta del sol desde la peña más alta y mirar a la luna de cuyo espectáculo no se ve satisfecha.

No habla nada; lo que quiere no lo pide, ella lo toma.

Sigue peor que antes; me parece, Pedro, que he perdido su cariño, que piensa mal de mí, que ya no soy su padre.

¿Y vamos a ser tan necios que después de semejante martirio vamos a entregárselas a esos dos miserables, que no van en busca de otra cosa que del dinero que nosotros, a fuerza de tantos años y afares, hemos reunido?

Nunca, Pedro, llevas razón. El matrimonio jamás; antes quiero verla muerta.

¡Muerta! He aquí una solución, la única que ahora veo.

Padecimiento horrendo debe ser la pérdida de una hija, mucho más si no quedan otras; pero en este caso lo sufrirían, porque estoy convencido de que ella ganaba.

Ganaba, Pedro, no lo dudes; y digo que ganaba, porque esos dos pelafustanes, tan pronto como cogieran los intereses, las maltratarían de palabra y hasta de obra; divertiríanse a costa nuestra; jugaríanse el capital entero; y como ninguno tiene afición al trabajo ni conocen los negocios, acabarían nuestras hijas por mendigar, abandonadas y solas, el mendrugo de pan indispensable para no morir de hambre.

Porque esos dos tunos no son como nosotros.

Nosotros, bien es verdad que cuando nos enamoramos y nos casamos con nuestras respectivas esposas (que en paz descansen) no teníamos ni donde caernos muertos.

Pero tú entraste en la casa en contra de la voluntad de tu padre político, y a los dos años comenzaste a hacer préstamos con su dinero, te ganaste su simpatía y aumentaste su fortuna; porque de labrador que era le hiciste prestamista, que va tanta diferencia, en utilidades, como del día a la noche.

Y yo llevé a la casa de mi mujer el título de bachiller; sus padres me pagaron los gastos que hice siguiendo la carrera de médico; pero era porque yo estudiaba, y después, imitando tu conducta, empecé a prestar con lo de él y fomenté su caudal en más de la cuarta parte.

Pero estos dos ¿qué van a trabajar?

La intención se ve a la legua. No son torpes, no.

Nosotros—se dicen—enamoramos a las muchachas; los padres al principio se opondrán, pero cuando las vean llorosas y tristes irán cediendo poco a poco, porque no las van a dejar que se mueran; entramos en la familia, comemos a su costa, y si ahora no les dan dote, como las necesidades las tenemos satisfechas, todo se reduce a desearles la muerte; y así que falten, nos hacemos dueño de todo lo que poseen.

La combinación no está mal, pero no cuentan con la huéspeda.

Y la huéspeda dice que no alimenta vagos, que no crió flores para que se las comieran cerdos, y que, por bien de la misma hija y

por bien propio, prefiere perderla para siempre a entregarla a un mendiguillo que no merece más que pan y sopas.

Aquí en la sierra, estaré hasta que ceda Rosarito; si no cede, peor para ella. El tiempo dará la solución.

¡Atreverse a lo que se ha atrevido un simple empleado del Ayuntamiento que goza de un sueldo de una peseta diaria!

¡No me queda más que ver!

¡Qué cinismo y qué sociedad más corrompida!

¡Para él he educado e ilustrado a mi hija!

Por lo que se ve, las cosas se van poniendo de manera, que cualquier día escucharemos decir que un zapatero pide en matrimonio a la hija del príncipe más poderoso, alegando como mérito bastante la horma y el tirapié.

Que no hay clases, Pedro; estos son los frutos de las libertades conseguidas a cambio de tanta sangre derramada.

Y por hoy te dejo.

Ambos lloramos la misma desgracia, sin culpa alguna por nuestra parte.

Confíemos en Dios y en el aislamiento eterno, y espero que al fin nuestras inocentes hijas comprenderán lo mucho que las queremos y el error grandísimo en que se hallan sosteniendo unos amores que no es posible que puedan prosperar.

¡Porque aquí para entre los dos, los pobres no tienen alma; no pueden querer!

Este es el único medio que se me ocurre para dar satisfactoria solución al conflicto. Si no me contestas, es señal de que te parece bueno y lo pones por obra.

Adiós, mi buen Pedro; ya sabes cuánto te quiere tu desdichado amigo.

Roque Aprieta

III

Gastapoco, 15 de los corrientes.

SR. D. ROQUE APRIETA:

Querido amigo Roque: Yo he visto nacer una buena cosecha después de una tempestad; así también de una gran desgracia puede surgir una enseñanza.

Hoy, Roque, hace ocho días que enterramos a Manuela; no sé cómo tengo alientos para decírtelo; me mata su recuerdo.

Seguí al pie de la letra tus instrucciones, y el aislamiento, mientras el D. Jacinto estuvo entre nosotros, fué el de un reo condenado a la última pena.

Cuando él marchó a Madrid—en cuyo punto sigue—a hacer opo-

siciones a las plazas de Notarios allí vacantes, del cuartucho en donde ha estado encerrada cinco meses la permití saliera, pero sin que pisara la calle.

No la he oído una queja, ni ha derramado una lágrima.

Poco a poco, como una luz que se apaga, se le ha ido marchando la vida, y ya hace una semana que dejó de existir.

¡Pobre hija mía!...

Ha muerto como una santa; abrazada a un crucifijo, repitiendo el nombre del cortesano que le robó el corazón, y sin tener para mí ni una palabra de despedida, ni una mirada de consuelo...

Ya es tarde, porque el daño no puedo repararlo; pero, ante Dios y ante los hombres, me arrepiento de mi obra.

Vivo en el infierno; la conciencia me grita: ¡asesino!; yó me vuelvo loco, o pudriré tierra pronto.

Las cartas que él no cesaba de escribirle no pasaban de mis manos, y ayer en su última, le comunicaba que había ganado una Notaría en Madrid, a la cual calculaba sacarle de cinco a seis mil duros.

Ya ves, Roque, no sólo he perdido una hija, sino el hacer un buen negocio.

Ahora me convenzo de que la inteligencia renta mucho más que el dinero.

Cuando ese muchacho sepa que Manuela murió, quizás quiera matarme; si lo hace, no le maldeciré.

El es un hombre honrado, yo un canalla.

Si me escuchas, te aconsejo que des solución al amor de Rosarito antes que la muerte lo acabe; escarmienta en cabeza ajena; mírame a mí, que he perdido para siempre la paz del alma.

Tu amigo que te quiere,

Pedro Estruja

IV

Guardamucho, 18 de los corrientes.

SR. D. PEDRO ESTRUJA:

Querido amigo Pedro: Si te digo que he llorado al leer tu carta, no te miento; me apena verte tan triste; no dudes que de corazón hago mío tu pesar.

Desecha esa preocupación y a vivir, ¡qué domonio! Estos son los peores golpes de la vida. Tú sigues siendo el hombre de siempre, tan caballero y tan honrado. ¡No faltaba más!

Tu hija se ha muerto porque lo quiso Dios; no seas bobo, el amor no mata.

Vuelve a la realidad; esa idea sólo vive en los cerebros de los

poetas, soñadores, muertos de hambre, que por un doblón están dispuestos a vender su alma al diablo.

Yo sigo en mis trece.

De mí no ha de reírse este canalla.

Rosarito no está buena, pero por hoy no me preocupa su salud.

El tiempo, Pedro, lo borra todo; ya ves, yo no te exagero si te aseguro que para recordar cómo era mi esposa tengo que mirar su retrato.

¡Y cuidado que la quise!

Además si el amor mata, ¿por qué se ha de morir la novia y no el novio?

En el mismo caso están. El de mi hija es mayor que ella, luego debe morir antes.

Esperando que así suceda, y repitiéndote que deseches esa desesperación ridícula, te abraza y acompaña en tu duelo tu siempre amigo

Roque Aprieta

Luis GRANDE BAUDESSON



ALBUM EXTREMEÑO.—Plasencia: Silla de Fernando el Católico, de R. Alemán. (Siglo XV). (Foto Mas)